

Enid Blyton

LA NIÑA

MÁS REBELDE

Y EL CONCIERTO
DE
FIN DE CURSO



 Bruño

Texto de
ANNE DIGBY

Ilustraciones de
KATE HINDLEY

Título original: *Well Done, The Naughtiest Girl*
Publicado por primera vez en 1999 por Hodder & Stoughton
Esta edición se publicó en 2014
Copyright del texto © 2014 Hodder & Stoughton Limited
Copyright de las ilustraciones © 2014, Hodder & Stoughton Limited
Enid Blyton ® y la firma de Enid Blyton
son marcas registradas de Hodder & Stoughton Limited

© 2021 Grupo Editorial Bruño, S. L.
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Traducción: María Jesús Asensio
Edición: María José Guitián
Preimpresión: Peipe, S. L.
ISBN: 978-84-696-2811-9
D. legal: M-184-2021

Printed in Spain

Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita
de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione
su procedencia.



Enid Blyton[®]

LA NIÑA

MÁS REBELDE

Y EL CONCIERTO DE FIN DE CURSO



Texto de Anne Digby
Ilustraciones de Kate Hindley

B Bruño



CAPÍTULO 1

UNA SORPRESA DESAGRADABLE
PARA ELIZABETH

—El concierto de fin de curso va a ser algo muy especial este año, Elizabeth —le dijo el profesor de música—. Verdaderamente especial.

El señor Lewis era el director musical del colegio Whyteleafe y también enseñaba piano, violín y flauta. Elizabeth estudiaba piano con él, pero en las últimas semanas se la había eximido de asistir a las clases debido a su participación en la obra de teatro de verano. La representación había tenido lugar, así que ya estaba libre para reanudarlas, pero faltó poco para que se le olvidara la primera clase y le había tocado correr hasta el aula de música.

—¿Aún más especial que el del año pasado? —preguntó la niña más rebelde, jadeando y tratando de recuperar el aliento—. En mi opinión, el concierto del año pasado fue precioso. Disfruté muchísimo.

Desató las correas de su carpeta de cuero marrón reglamentaria. ¿En qué pieza estaban trabajando? No se acordaba.

—Sí, Elizabeth, me parece recordar que estuviste muy bien —replicó el señor Lewis. El decano profesor de música se tocó la barba y se quedó pensativo—. Trabajaste mucho para ese concierto.

Elizabeth se puso contenta. Aún se recreaba en la satisfacción que le había producido la obra de teatro y se le avivó el interés. ¡Qué emocionante sería volver a ser el centro de atención! El concierto escolar, ¡claro! Se celebraba al final del tercer trimestre y se invitaba a los padres. Los suyos acudirían, como lo habían hecho el año anterior. Lo único que lamentaba un poco con respecto a la obra de teatro era que sus padres no habían estado allí para verla.

Se acordaba muy bien del concierto del año anterior, al final de su primer trimestre en Whyteleaf. Había empezado ese periodo siendo la niña más rebelde del colegio, detestando la idea de estar en un internado y haciendo todas las trastadas que se le ocurrían con la intención de que la expulsaran. Pero había terminado el trimestre orgullosa de pertenecer al colegio, tocando dúos en el estrado con un chico brillante llamado Richard, así como una pequeña pieza ella sola. Recordaba cómo los aplausos le resonaban en los oídos y la expresión de felicidad en la cara de sus padres...

—¿Por qué será tan especial el concierto de este año, señor Lewis? —preguntó mientras buscaba una partitura y se sentaba al piano.

—Porque esta vez tendremos a unos graduados muy especiales —le recordó—. El año pasado solo dos o tres alumnos terminaron los estudios en Whyteleaf,

pero este año tenemos toda una hornada. Y qué excelente promoción ha sido. No solo Roger, quien consiguió una beca, sino también Charles, Colin, Lynette y, los más importantes, los dos jefes de los alumnos. Ellos han sido los mejores jefes que hemos tenido en Whyteleaf en mucho tiempo.

—¡William y Rita! —exclamó Elizabeth—. ¡Claro! ¡Oh, cielos! No me imagino Whyteleaf sin ellos. Ojalá se detuviera el tiempo.

—Pero entonces te quedarías en primero para siempre, Elizabeth —objetó el señor Lewis—. Y eso no te gustaría, ¿verdad?

La niña negó moviendo la cabeza con tanta fuerza que los rizos le taparon la cara.

—¡No, no me gustaría! —exclamó.

Si había algo que ansiaba con toda su alma, era la posibilidad de pasar de curso. Sería genial ir a segundo con Julian, Kathleen, Belinda y todos los demás chicos y chicas de primero que eran lo bastante maduros e inteligentes para hacerlo. ¡Qué mayores se sentirían entonces! Su amigo Julian tendría que dejar de gastar bromas en clase y empezar a comportarse como un alumno de segundo serio y responsable. Y sería maravilloso reunirse con su mejor amiga, Joan, que ya estaba en segundo y era monitora. ¡Qué divertido iba a ser todo! Y si perder a William y a Rita era el precio que había que pagar para que el tiempo no se detuviera, entonces Elizabeth estaba dispuesta a aceptarlo.

—Espero que, cuando llegue el momento de elegir a unos nuevos jefes, se encuentren unos excelentes sus-

titutos —puntualizó el señor Lewis—. Pero, mientras tanto, hemos decidido organizarles una despedida muy especial: hacer del concierto de fin de curso uno de los mejores que hayamos tenido, algo que nunca olvidarán.

—¡Qué maravilla! —exclamó Elizabeth.

De pronto se sintió llena de entusiasmo. Qué privilegio sería tocar en el concierto de fin de curso para William y Rita. Recordó los dúos en los que había participado el año anterior. Volver a tocar con Richard unas bonitas piezas, formar parte de los últimos recuerdos de Whyteleafe de William y Rita... Qué emocionante sería.

—Richard no será de los que se marchan, ¿verdad? —preguntó de repente.

—¡Qué va! Me alegra decir que Richard estará con nosotros uno o dos años más —replicó el señor Lewis—. Pero Richard no será el intérprete estrella de este año. Verás, para que el concierto sea excepcional, la señorita Belle y la señorita Best han invitado a Courtney Wood, el famoso pianista, para que venga a tocar. ¡Y ha aceptado! —El profesor de música apenas podía disimular su alegría—. ¿No es una espléndida noticia, Elizabeth?

—Oh —respondió Elizabeth sin entusiasmo—. Entonces, ¿no tocará ningún alumno en el concierto?

—Por supuesto, por supuesto que sí —replicó el señor Lewis un poco impaciente. En ese momento miró el reloj y abrió la partitura que Elizabeth había puesto delante de ella. Ya era hora de que empezara la clase—. Pero no podrá haber ni la mitad de los niños que de

costumbre. Solo un músico por curso. Eso es todo lo que podremos incluir en el programa. No habrá dúos este año. Tocaré el mejor de cada curso, eso es todo. Richard representará al suyo, claro...

A Elizabeth se le reavivaron las esperanzas de inmediato. Aún tenía la oportunidad de que la eligieran. ¡Y como solista!

Pensó en ello. En primero estaba Harry, entusiasta pero no muy bueno: sus manos eran como un racimo de plátanos, decía Richard a menudo. Arabella llevaba mucho tiempo aprendiendo a tocar el piano, aunque era bien sabido que siempre andaba a la gresca con el señor Lewis porque no practicaba nunca. Belinda y Edward estaban aprendiendo a tocar el violín, pero habían empezado el trimestre anterior...

—¡Vamos, vamos! —exclamó el señor Lewis, interrumpiendo los cálculos de la niña mientras retiraba la partitura del piano—. Así no puede ser, Elizabeth. Has colocado la hoja al revés. Y... ¿qué es esto? —Puso la partitura hacia arriba—. Terminamos *Serenata* en la primera mitad del trimestre. Ahora estamos con ese difícil arreglo de *Hojas verdes*, ¿no te acuerdas?

Nerviosa, Elizabeth hurgó en su carpeta de música y encontró la partitura correcta. Estaba justo al fondo.

—¿Qué hacía ahí escondido? —la regañó el señor Lewis al abrirlo por la primera página y colocárselo en el soporte—. Y ahora veamos si has estado practicando. —Enseguida se hizo evidente que no—. A ver, Elizabeth —dijo con una mueca el profesor de música cuan-

do ella se enredó con los primeros compases—, ¿qué te ha pasado? No hace tanto tocabas el principio de maravilla. Y mira el dedo pequeño de la mano derecha, todo encogido... Nunca llegarás a las notas altas así. Extiéndelo bien, E-X-T-I-É-N-D-E-L-O.

La clase de piano no fue bien.

—Elizabeth, estás muy despistada —le dijo después el señor Lewis—. Creo que últimamente no has practicado nada en absoluto. Seguro que no te acercaste al piano ni una sola vez mientras estuviste metida en esa dichosa obra. ¿Tengo razón?

—Sí, tiene razón —confesó Elizabeth con cara de disgusto—. Lo siento.

La pequeña era demasiado orgullosa para inventar excusas, también para explicar que ir a todos los ensayos para la obra y aprender un papel tan largo hasta saberse perfectamente todo el texto había sido una ardua tarea. Había tenido otras preocupaciones, además, que habían absorbido todo su tiempo libre y su energía. Aunque ya estaba todo solucionado, se cernían amenazadoras en su momento.

Durante esas semanas, no solo las prácticas de piano de Elizabeth, también la mayor parte del trabajo escolar había quedado relegado a un segundo plano, y no se le habría ocurrido explicárselo a nadie por miedo a parecer débil.

En cualquier caso, el señor Lewis le sonreía. Le había hablado con pena, más que con enfado.

—Anímate —empezó—. Veo que lo sientes de verdad y haré borrón y cuenta nueva. Si practicas todos los

días, enseguida recuperarás el tiempo perdido. La práctica hace al maestro. Eso es lo que siempre le digo a Arabella. —Soltó una risita—. Sí, eso es lo que llevo mucho tiempo diciéndole.

Elizabeth se preguntó brevemente a qué se debía aquella risa relacionada con Arabella, pero se sintió tan aliviada al ver que el señor Lewis ya no estaba enfadado que le daba igual.

—¡Practicaré todos los días, se lo prometo! —repuso alegremente mientras guardaba las cosas de música en la cartera y se preparaba para marcharse—. Cuando venga a clase la semana que viene, notará la diferencia.

—Estaré deseando verlo, Elizabeth.

Deseaba hacerle más preguntas sobre el concierto de fin de curso. En particular, deseaba oír al señor Lewis decir que tenía posibilidades de ser elegida para representar a su curso, pero el sentido común le decía que ese no era el momento más adecuado. Le preguntaría la semana siguiente, cuando hubiera tenido la oportunidad de ponerse al día con las prácticas de piano. Entonces comprobaría lo mucho que progresaba con esa difícil pieza nueva. Luego la elegirían para tocar en el concierto, ¿verdad? Sería un gran honor tocar para William y Rita y los demás graduados, delante de todo el colegio, ¡delante de todos los padres! Delante de sus propios padres. Le emocionaba pensarlo.

—Pareces muy alegre, Elizabeth —le dijo Julian Holland cuando su amiga entró en la sala común—. ¿Dónde has estado?

El muchacho de pelo oscuro y revuelto y risueños ojos verdes puso a un lado el tablero de ajedrez. Había estado trabajando en unos movimientos interesantes, pero nada era mejor que hablar con la valiente y revoltosa Elizabeth. Eran grandes amigos.

—En clase de piano —contestó ella—. Toma, Julian, coge una galleta de chocolate. La verdad es que estoy contenta.

—Debe de haber estado bien la clase —comentó Julian con una sonrisa.

—No especialmente —replicó Elizabeth sin darle importancia. No estaba dispuesta a reconocer, ni siquiera ante Julian, que últimamente había sido incapaz de practicar el piano y que el señor Lewis se había sentido muy decepcionado por ello—. Lo que pasa es que el señor Lewis tenía noticias interesantes.

Le contó que Courtney Wood iba a tocar en la ceremonia de final de curso. Y luego, aunque la sala común estaba vacía, bajó la voz y le confió a Julian su secreta esperanza.

—¡Creo yo que te estás obsesionando con ser artista, Elizabeth Allen! Como te ha parecido poco ser la estrella de la obra de verano, ahora has decidido que te gustaría aparecer en el mismo estrado que Courtney Wood.

Hubo un tiempo en el que la niña más rebelde se habría enfurecido por lo que había dicho su amigo. Sin embargo, en aquel momento encajó la broma de buen ánimo.

—No es eso y lo sabes —dijo, sonriendo—. Te contaré de qué se trata: es por William y Rita. Oh, Julian, la

idea de que este es su último trimestre en Whyteleaf me resulta casi insoportable. Quiero practicar y practicar hasta que sea capaz de tocar la pieza bien de verdad. Esa música transmite todo lo que siento y lo triste que estoy ante la despedida. Los dos me han aportado mucho y me han ayudado a ser mejor persona y...

Julian miraba a su amiga con admiración. Era evidente que estaba siendo sincera. Luchaba por encontrar las palabras adecuadas, pero su amigo terminó la frase por ella.

—... esa sería tu forma de darles las gracias. O de ofrecerles algo a cambio.

—Sí, eso es —afirmó Elizabeth, agradecida.

—Bueno, seguro que te elige a ti —replicó Julian con desenfado—. No hay nadie especialmente bueno en primero, salvo tú, Elizabeth. Al menos eso es lo que siempre he oído. Ahora que lo pienso, a mí también me gustaría regalarles algo a William y Rita. Creo que les tallaré un animalito de madera a cada uno. Una mamá osa y un papá oso. ¿Qué te parece, Elizabeth?

—Oh, Julian, es una idea magnífica.

—Empezaré por buscar unos buenos trozos de madera. Vamos a echarlos de menos, ¿verdad, Elizabeth?

Los dos amigos se quedaron callados unos instantes.

Elizabeth tragó saliva.

—Pero tiene que ser así, ¿verdad? —dijo finalmente—. El señor Lewis me recordó lo que sucedería si el tiempo se detuviera. Si William y Rita siguieran siendo los jefes eternamente y no se avanzara nunca...

—¿Qué? —preguntó Julian.

—Nosotros permaneceríamos en primero para siempre —comentó Elizabeth con humor—. ¡No podríamos pasar a segundo en septiembre!

—¡Qué pesadilla! —exclamó Julian, riendo—. No podríamos soportarlo. No sé tú, Elizabeth, pero yo estoy deseando pasar de curso.

—Yo también —coincidió la niña más rebelde.

Les alegraba pensar que ambos volvían a estar animados.

Sin embargo, la alegría de Elizabeth iba a ser muy efímera.

A la mañana siguiente la señorita Ranger, la profesora de su curso, llevó a clase los resultados de los exámenes de ese mes. Leyó en alto la nueva clasificación de cada uno de los alumnos.

Julian había sido el mejor, como siempre. Su primo, Patrick, había trabajado mucho y quedado en segundo lugar. Elizabeth, que por lo general estaba entre los primeros, esperó en vano oír su nombre.

Le esperaba una sorpresa desagradable.

Había quedado la tercera de la lista empezando por abajo.

Incluso Arabella, la mayor de la clase, pero normalmente entre las últimas, estaba dos puestos por encima de ella. Desde la vuelta de las vacaciones había trabajado mucho y se había esforzado al máximo.

—Tendrás que hacerlo mejor en los exámenes finales, Elizabeth —le dijo la señorita Ranger—, o tendrás que seguir en primero un poco más.

Elizabeth apenas podía creerlo. Arabella la había superado en clase...

Sin embargo, la expresión de regodeo en la cara de Arabella la llevó a no mostrar sus verdaderos sentimientos.

Habló sin darle importancia, casi desafiante. Repitió lo que el señor Lewis le había dicho el día anterior, las primeras palabras que se le ocurrieron.

—Me pondré al día enseguida, seguro, señorita Ranger.

Pero por dentro Elizabeth estaba temblando. Le habían dado un buen susto, sin duda.

